



1055344

SM C*2 37

252.1
CAS

LOS RESPETOS HUMANOS.

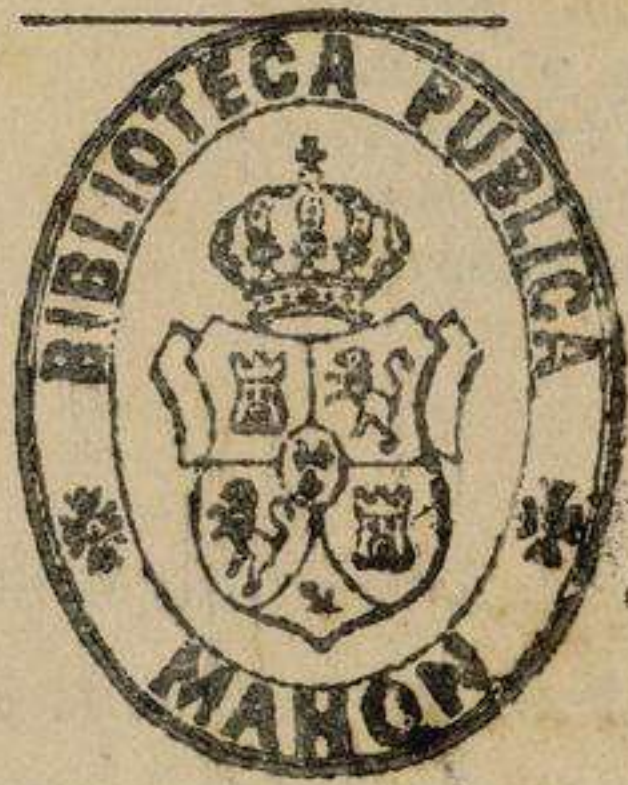
CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. Sr. Dr. D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO

OBISPO DE MENORCA.

CUARESMA DE 1898.



CIUDADELA.

Tipografía Católica á cargo de Rafael Massanet.

Reg. por el Ilmo. Sr. Dr. D. Salvador Cas-
telote y Pinazo. Año 1898.

LOS RESPECTOS SEÑALADOS

CARTA PASTORAL

ILMO. SR. D. SALVADOR CASTELOTE Y PINAZO

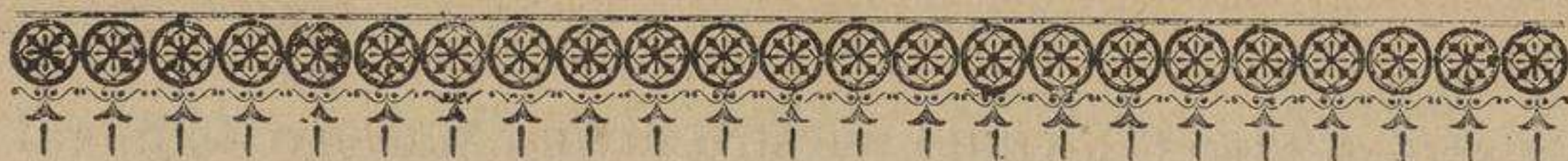
ORDEN DE MINISTERIO

COMISARIA DE 1898



CIUDAD DE MADRID

Impreso en el taller de la imprenta de don Juan de los Rios



NOS, EL Dr. D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, OBISPO DE MENORCA,

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE NUESTRA AMADA DIÓCESIS
SALUD Y PAZ EN N. S. JESUCRISTO.

Qui enim me confusus fuerit, et verba mea in generatione ista adultera et peccatrice: et Filius hominis confundetur eum, cum venerit in gloria Patris sui cum angelis suis.

Quien se avergonzare de mi y de mi doctrina, en medio de esta nacion adúltera y pecadora: igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de los santos ángeles.

MARC. VIII, 38.

No es cosa tan peregrina que deba causarnos extrañeza, ni novedad de los tiempos revueltos que corremos el ver las contradicciones y los ultrajes que diariamente tiene que sufrir la santa Religion que profesamos. El *principe*

de este mundo (1); como nuestro divino Maestro llamó al diablo, no ha cejado un solo punto en la obra de perdición que inauguró rebelándose contra Dios en las alturas del cielo, mantiene en pié de guerra sus legiones, llena con el estruendo de sus armas la redondez del orbe, y está vaticinado que continuará la lucha tan encendida como en sus comienzos hasta el último día de los siglos, hasta la muerte de la muerte, como enérgicamente dice San Pablo (2).

Es bien cierto que actualmente y en las naciones civilizadas no tiene esta guerra de que os hablamos el caracter sangriento y fiero que tuvo en los primeros tiempos de la Iglesia, cuando la profesion pública de la fé católica llevaba casi siempre aparejado el martirio; que la suavidad de las costumbres modernas, como dicen los pregoneiros de las excelencias del siglo XIX, no consiente que se repitan las hecatombes del Coliseo y de los circos romanos; que no amenaza á los católicos la espada de los verdugos, ni son tan crueles como Neron ó Diocleciano nuestros actuales enemigos; pero no es menos indudable que es uno mismo el espíritu que animaba á aquellos perseguidores y anima á estos, que coinciden en cuanto á la sustancia de sus propósitos malvados, que son continuadores de la misma obra nefanda y que todos sirven al mismo amo.

Rompamos sus ataduras y sacudamos lejos de nosotros su yugo (3). Así dijeron los reyes y los principes de la tierra confederados contra el Señor y contra su Cristo, y esto quieren los que llamando escándalo á la cruz y necesidad al Evangelio aspiran á enterrar en la conciencia emancipada y libre los sentimientos religiosos; los que titulándose *redentores de los pueblos* esparcen á los cuatro vientos doctrinas disolventes, amparados en su propagan-

1. Joan. XII. 31.

2. I Cor. XV. 26.

3. Psal. II. 2 y 3.

da impia por las novisimas libertades, inundando las ciudades y las aldeas de una peste que fuera la mayor de todas sino la venciera en malicia el imperante naturalismo de quien es engendro.

Podran decirnos para disfrazar mejor sus dañados intentos que luchan contra la ignorancia y que estando la Religion asentada sobre los fundamentos incommovibles de la verdad nada tiene que temer de la mayor ilustracion de las muchedumbres; ó que solo se proponen ejercer no se que filantropia en favor de sus adeptos, como hasta hace poco hipócritamente decian los masones; ó que sus fines no pasan de ser puramente económicos, sin mas trascendencia que remediar los desequilibrios producidos en el mundo por la desigual distribucion de las riquezas, como aseguran los socialistas. Mas al ver cuan facilmente se juntan los unos con los otros para conspirar, reunidas sus fuerzas, contra la Religion católica, única cosa que les estorba, segun francamente dicen, para llevar adelante sus proyectos, bien se echa de ver, y es ciego quien no lo vea, cual sea el fin último que con tales medios esperan alcanzar y donde tienen puesto el blanco de todos sus ataques.

En tales circunstancias es un deber nuestro daros los consejos que habeis menester, para que, cumpliendo las obligaciones que teneis como hijos fieles de la Iglesia, os mantengais firmes en vuestro puesto, ostentando la gloriosa enseña de la fé y haciendo pública profesion de lo que sois, sin que ni la rudeza del combate ni las pérfidas emboscadas de que se vale el enemigo hagan aflojar un solo instante vuestra ejemplar perseverancia. Y porque en este santo tiempo de cuaresma que vamos á comenzar quiere Dios nuestro Señor iluminar á los que de veras le buscan escuchando con devocion la predicacion de su divina palabra, pidiéndoles mayor perfeccion en el cumplimiento de sus deberes cristianos, y suele el demonio interpo-

nerse para impedir tan saludable fruto valiéndose principalmente de lo que llamamos *respetos humanos*, dando proporciones que no tienen á los juicios de los hombres y espantando la timidez de las almas pusilánimes con el vano fantasma de la opinion pública, queremos enseñaros cuál haya de ser vuestra conducta en semejantes tentaciones y con que clase de armas se combate y se vence á tan funestos enemigos.

I.

No puede vivir entre tinieblas una Religion que es hija de la luz, de aquella luz increada que segun el evangelista S. Juan *ilumina* en cuanto está de su parte *á todos los hombres que vienen á este mundo* (1), ni puede estar ociosa la fé que, como dice San Ambrosio, languidece y muere cuando le falta el ejercicio de las buenas obras (2). Nunca Cristo Nuestro Señor predicó su doctrina ocultamente (3) ni se retrajo para enseñarla de los lugares en donde pudieran oírle muchas gentes; las riberas del mar, las campiñas abiertas, los pórticos del templo, los caminos frecuentados y las sinagogas de los judios fueron casi siempre el teatro de su predicacion divina, y á fin de que ninguna duda quedase á sus discípulos de como habian de imitarle en su conducta les manda que, á su vez, enseñen todo lo que de sus labios han oido sobre las azoteas de las casas (4); quiere que sus acciones resplandezcan como la luz delante de los hombres, para que viéndolas y tomando de ellas buen ejemplo glorifiquen al Padre celestial (5); que

1 Joan. I, 9.

2 Cito fides inexercitata languescit, et crebris otiosa tentatur incommodis. S. Ambr. sup. Beati immaculati.

3 Joan. XXIII, 20.

4 Matth. X, 27.

5 Matth. V, 16.

sean como ciudad colocada en la cima de un monte y antorcha puesta sobre el candelero (1); que den testimonio de su doctrina delante de los reyes y de los pueblos sin temer á los que pudiendo matar el cuerpo no pueden matar el alma (2), prometiendo á los que públicamente le confesaren, confesarles y reconocerles como hijos suyos delante de su Eterno Padre, y amenazando con llenar de confusion y desconocer como si nunca hubieran sido de los suyos á los que, vencidos por el temor de las humanas persecuciones, tengan la desgracia de avergonzarse de su nombre haciendo traicion al caracter sagrado de cristianos con que Él les ha revestido (3).

Segun esta doctrina, el Apóstol San Pablo dice que los cristianos son hijos de la luz, hijos del dia y no de la noche (4) y les exhorta á que crean con el corazon para justificarse y confiesen la fé con las palabras para salvarse (5), porque el espíritu que de Cristo hemos recibido no es espíritu de servidumbre ni de temor sino espíritu de adopcion de hijos (6), el cual ha de hacernos hablar con confianza (7) despreciando la vanidad de los humanos juicios en cuanto sean contrarios á los juicios de Dios, pues segun el mismo Apóstol, no son los hombres, ni siquiera nuestra propia conciencia los que han de juzgarnos, sino Dios (8).

En estas razones se fundaba aquella intrépida fortaleza con que los Apóstoles y con ellos los cristianos de los tiempos primitivos de la Iglesia confesaban públicamente á Jesucristo sin hacer caso de las amenazas de persecu-

1 Matth. V, 14-15.

2 Matth. X, 28.

3 Marc. VIII, 38.

4 I. Thes V, 5.

5 Rom. X, 50

6 Rom. VIII, 15.

7 I Timoth. III 13.

8 I Corinth. IX, 25-27.

cion y de muerte con que quisieron sellar sus labios los enemigos del nombre cristiano, escogiendo antes ser afligidos que gozar de las delicias pasajeras del pecado; y juzgando que el oprobio de Jesucristo era un tesoro más grande que todas las riquezas de Egipto (1), fijaron sus ojos en la recompensa; y considerando que Jesús autor y consumidor de la fé sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia (2) prefirieron la muerte al deshonor y quisieron obedecer á Dios antes que á los hombres.

Con tales ejemplos y con tales enseñanzas se nutrió la Iglesia desde sus primeros dias y gloriosamente lleva de siglo en siglo por todos los pueblos de la tierra la herencia que recibió de su divino Fundador, oponiéndose constantemente á los que tratan de impedir su mision divina, no con vanos alardes de temeraria fortaleza sino con la seguridad de su fé inquebrantable; exhortando á sus hijos en los tiempos de lucha á que perseveren fieles á sus promesas confesando públicamente á Jesucristo, para merecer el eterno galardón prometido á los que haciéndose superiores á las flaquezas humanas cierran el curso de su mortal existencia sin rendir las armas; y amaestrándoles en los tiempos de paz para que sepan defender los intereses de Dios cuando sea llegada la hora de pelear por la gloria de su nombre; diciendo: *Non possumus* á los que pretenden alterar su credo y *Non licet* á los que tratan de corromper su moral, sin que jamás la hayan arredrado las consecuencias de su negativa ni alterado el curso majestuoso de su marcha triunfal hacia el cielo las amenazas del cisma, la indigencia de sus sacerdotes, el despojo de sus templos, el cautiverio de su Pontífice, las potestades todas del averno conjuradas contra ella.

La profesion pública de la fé ha sido siempre el princi-

1 Hebr. XI, 25-27.

2 Ibid. XIII, 2.

pal medio de que se ha valido la Iglesia para confundir á sus enemigos. Asi la vemos reunida en los concilios re-dactando la fórmula que todos los fieles han de repetir como respuesta á las negaciones de los herejes que quisieron viciar la pureza de su doctrina é introdujeron en el mundo una manera de persecucion á las veces mas temible que la franca y descubierta de los tiranos, y poniendo de manifiesto los fundamentos en que se apoyan sus enseñanzas y declarándolas ante la faz del mundo con la pluma de sus doctores ó con la palabra de sus ministros demuestra que nada teme de las vanas opiniones de los hombres, ni de los esfuerzos de las inteligencias extraviadas, ni de las exigencias astutas de la diplomacia, ni de la fuerza de los poderosos; que son para ella como si no fuesen los juicios del mundo, que no envejece con los siglos ni mengua su fortaleza con el trascurso del tiempo, y mientras ve desaparecer hundidos en el polvo á sus soberbios contradictores, cuando se eclipsan los astros de las humanas grandezas y se multiplican las ruinas de los imperios que le fueron adversos solo ella permanece en pié como columna y firmamento de la verdad.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fè (1) y con ella hemos de vencer tambien nosotros si queremos participar de los triunfos de la Iglesia y asegurar la eterna salvacion de nuestras almas: que á tanto nos obligan la excelencia del nombre cristiano con que nos honramos, las tradiciones gloriosas de nuestra raza, el ejemplo de nuestros mayores, la santidad de la causa que defendemos, el éxito seguro de nuestra empresa y las indefectibles promesas de Nuestro Señor Jesucristo. Mas es necesario que sepamos mantenernos á la altura de nuestra mision y con la frente levantada impongamos respeto á los que, tal vez envalentonados al ver la flojedad mal disfrazada

1 I Joan. V, 4.

con el título de prudencia de los que nunca acaban de decidirse por Cristo ó por Belial, se atreven á ofender públicamente nuestra doctrina, las ceremonias de nuestro culto, nuestras prácticas piadosas y lo que todavía es mas deplorable, el santo nombre de Dios.

Si V. H. y A. H. nuestros, aunque sea triste confesarlo no podemos dejar de lamentar lo que á ninguno de vosotros se os ignora, lo que tenemos por uno de los males mas grandes de nuestros dias, la inconsecuencia de muchos que titulándose católicos y no queriendo abdicar de tan glorioso nombre se avergüenzan de declararse francamente discípulos de Jesucristo, desmienten con sus obras lo que dicen con sus palabras y se rinden ante las exigencias del mundo, transigen con él en lo que tiene de mas perverso y autorizan con su silencio su impiedad y sus desórdenes. Al considerar como se extiende y se propaga este mal que lamentamos ocurriéndonos las tristes palabras con que el profeta Jeremias echaba en cara al pueblo de Israel su cobardía: *Filii Sion incltyti et amicti auro primo: quomodo reputata sunt in vasa testea, opus manuum figuli?* (1). Y crece todavía mas nuestra admiración cuando pensamos en las causas que han producido este rebajamiento de los caracteres que Tertuliano (2) se atreve á comparar con la apostasia; porque no es el peligro de padecer por la fé lo que con tan invicta paciencia sufrieron los mártires, ni la pérdida de la hacienda, ni el temor de la prision ó del destierro el motivo ó la excusa que han inventado para disimular su cobardía los que tan facilmente faltan á sus más sagradas obligaciones y con tanta frecuencia se conforman con el espíritu del mundo, ahogando el grito de su conciencia y haciendo traición á sus propias convicciones; es una sonrisa que han sor-

1 Thren. IV, 2.

2 In his omnibus quaedam est apostasia fidei. Tert.

prendido en los labios de un impío ó de un disoluto, un epigrama escrito por una pluma envenenada, una frase de tertulia, el modo de pensar de unos cuantos con quienes no contarían si se tratase de sus intereses materiales, la moda que choca con nuestras costumbres verdaderamente nacionales y por ende cristianas, el miedo pueril de lo vago, de lo indefinido, de lo que muchas veces no existe, el afán de estar bien con todos y seguir la corriente de las ideas modernas que nos arrastra al abismo. Y á todo eso que nada tiene de respetable, antes bien merece todo nuestro desprecio, á esas debilidades de nuestra mísera condición humana, fruto de la tibieza con que se sirve á Dios y consecuencia natural de la indiferencia religiosa, se rinde vasallaje en todós los estados y en todas las condiciones de la vida con transacciones y acomodamientos rayanos en la apostasía.

Esos son *los respetos humanos* que tanto pavor infunden á los cristianos pusilánimes semejantes á nubes sin agua que allá van adonde las empuja el viento dominante (1); á esa tentación sucumben los que fueron ungidos atletas de Cristo en el sacramento de la Confirmación, los que se nutren con el pan de los fuertes en la Eucaristía, los que renunciaron al mundo y á sus vanidades en el Bautismo.

II.

Consideremos ahora la gravedad de la ofensa que á Dios se hace anteponiendo á su divina voluntad, á los preceptos de su ley, las exigencias mundanales, los desacertados pareceres de los hombres y no nos extrañará el rigor del castigo con que Cristo Señor nuestro amenaza á los que de confesarle públicamente se recatan, según las palabras

1 Judae I, 12.

del Evangelio: *quien se avergonzare de mi y de mi doctrina en medio de esta nacion adúltera y pecadora: igualmente se avergonzará de él el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de los santos ángeles* (1).

Parece á primera vista manifiesta contradiccion lo que está sucediendo en la época presente; pues por una parte, se observa que nunca las gentes alardearon tanto de independencia, ni fueron tan apegadas á su propio parecer; jamás fué tan general la falta de respeto á todo lo que en el mundo hay de respetable: se critican y se censuran las instituciones que son garantía del orden y salvaguardia de la sociedad y del bienestar de los pueblos; se pone á discusion el honor de la magistratura y del ejercito; se desconoce en el hogar doméstico la autoridad del padre; y hasta la propiedad y la vida son objeto de frecuentes y horribles atentados; y, por otra se está viendo que nunca como hoy fue la sociedad tan esclava de los respetos humanos, ni se buscaron con tanta codicia los aplausos del vulgo, para medrar á costa del sacrificio de la conciencia; jamás la opinion pública se tuvo como ahora por regla de conducta, sin detenerse á averiguar cuales son los principios que la inspiran, de que medios se valen los que la agitan y la remueven para su personal provecho, ni se temió tanto el *¿que dirán?* cuando la voz imperiosa del deber obliga á romper amistades pecaminosas y á reformar costumbres desordenadas; y, sin embargo, no existe tal contradiccion, se hermanan perfectamente las unas cosas con las otras, como ramas que brotan del mismo tronco y efectos que proceden de la misma causa. Porque si bien se mira, los respetos humanos no son sino la falta de energía y de caracter verdaderamente cristianos, el desprecio de Dios y de su ley, plaga funestísima que ex-

1 lug. cit.

tiende por todas partes su mortal contagio y nos hace acreedores á esta temible amenaza de Cristo; *auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus eius*: os será quitado el reino de Dios y dado á gentes que produzcan sus frutos (1).

Quiere San Pablo que los cristianos seamos como soldados de Cristo (2), revestidos de toda la armadura de Dios, ceñidos nuestros lomos con el cingulo de la verdad y armados de la coraza de la justicia, embrazando en todos los encuentros el broquel de la fe, para apagar con él los dardos encendidos del maligno espíritu (3), y á fin de que en la lucha de la vida supiesemos á que atenernos, tratando de alentarnos para pelear varonilmente las batallas del Señor, nos refiere los ejemplos de los santos de la ley antigua, los cuales por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia y alcanzaron las promesas, no sin padecer en sus personas escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles (4), y para que no desmayemos, perdiendo los ánimos, remata esta relacion con el ejemplo de Cristo que tantas contradicciones y afrentas, tantos dolores y tan acerba muerte tuvo que sufrir luchando contra el pecado (5). Y vosotros, dice, todavía no habeis resistido hasta derramar por él la sangre; id pues á buscarle cargados con su improperio, que no es ciudad fija la que aqui tenemos los que hemos sido criados para la patria del cielo.

Tal es el carácter y la energia que han de tener los que se alistan debajo de las banderas del sumo capitán Cristo Jesus y es negra traicion la que se le hace entrando en tratos con sus enemigos, queriendo establecer las paces

1 Matth. XXI 43.

2 II Tim. II, 3.

3 Ephes. VI, 11-16.

4 Hebr. XI, 33-36.

5 *ibid.*

entre la luz y las tinieblas que son de suyo irreconciliables. Si la profesion de nuestra fe nos hace aborrecibles del mundo, antes que á nosotros le aborreció á él, y no es justo que el discipulo sea de mejor condicion que el maestro; por donde él pasó hemos de enderezar nuestros caminos, sin quitar una jota ni borrar un apice de sus divinas ordenanzas.

Esta es la doctrina, este ha de ser nuestro espíritu y á esto nos obliga nuestra fé, y si á alguno pareciese demasiado severo este lenguaje y repitiese á Cristo lo que en cierta ocasion dijeron los apóstoles: *dura es esta doctrina, ¿y quien es el que puede escucharla?* os responderemos lo que él les respondió: *¿esto os escandaliza? el espíritu es quien da la vida: la carne de nada sirve para entenderlo: las palabras que yo os he dicho espíritu y vida son. Por eso entre vosotros hay muchos que no creen (1).* Si, V. H. y A. H. entre vosotros hay muchos que no creen, que aun se llaman cristianos, que tienen nombre de vida, pero están muertos (2); tráfugas cobardes como aquellos que segun el Evangelio: *ad tempus credunt et in tempore tentationis recedunt (3)*; que creen una temporada, y en el tiempo de la tentacion vuelven atrás. Han sido cogidos en el lazo del miedo, como dice San Agustin (4), y se han atrevido á hablar con Dios de esta manera: Señor, maldecidme, prefiero ser objeto de vuestras eternas venganzas, á tener que arrostrar las burlas del mundo, á verme privado de la estimacion y de los aplausos de los hombres (5).

Grande nos parece la debilidad que cometió Esaú cuando vendió el derecho de su primogenitura por un plato de

1 Joan. VI, 61-65.

2 Apoc. III, 1.

3 Luc. VIII, 13.

4 Enarrat. in Psalm. XXX.

5 S. Joan. Chrys.

lentejas; execrable el crimen del pueblo judío prefiriendo la libertad de Barrabás á la de Cristo; ¿y que habremos de decir, como merecerá calificarse la injuria que á Dios hacen los que vencidos de los respetos humanos, transigen con el error, van demoliendo á pedazos la fortaleza de la fe y *disminuyen la verdad?* (1). Ponen más empeño en disimular su religion que los pecadores en esconder sus vicios, buscan á Dios en las tinieblas como si fuesen á cometer un delito, ocultan cuidadosamente los signos de piedad, no tienen una palabra, ni siquiera un gesto para imponer silencio á los que en su presencia murmuran de la virtud, se creen autorizados para asistir á reuniones y espectáculos ó peligrosos ó abiertamente inmorales, porque lo contrario sería rareza, singularidad ó gazmoñería. Han desterrado de sus habitaciones las imágenes de los santos y hasta la del mismo Jesucristo que los paganos no se desdeñaron de colocar en el Panteon de sus Dioses, en el templo de todas sus divinidades; ponen reparos en decir y á veces no permiten que otros digan á los enfermos de su familia que es llegada ya la hora de recibir los santos sacramentos para asegurar la salvacion del alma, cuando se han perdido las esperanzas de salvar la vida del cuerpo, se tienen á menos de tomar parte en las manifestaciones públicas del culto, y los que tan solícitos andan en defender sus propios intereses, la buena fama de su nombre, no tienen alientos para sacar la cara por su religion y por su Dios. *In Dei iniuria benigni sumus, in nostris contumeliis odia exercemus*, exclama San Jerónimo: cuando se ofende á Dios somos benignos, y cuando somos nosotros los ofendidos nos arrebatata el odio. Flagrante injusticia es esta, merecedora del castigo á que el Señor condenó al Sumo Sacerdote Heli más amigo de la honra de sus hijos que del honor y de la gloria de Dios:

1 Psalm. XI 2.

yo honraré á todo el que me glorificare; pero los que me menospreciaren serán deshonrados. He aquí que llega el tiempo en que quebrantaré, tu poder y el de la casa de tu padre, de suerte que no haya anciano de vuestra familia (1).

III.

Si los que tanto empeño ponen en acomodarse á los pareceres de los demás, y con tanta solicitud andan buscando las simpatías y los aplausos del mundo, se parasen á considerar los resultados que consiguen con su desatentada conducta no ya en orden á la responsabilidad que delante de Dios contraen, sino con relacion á los mismos á quienes tratan de complacer, es seguro que les sucedería lo que San Agustín refiere del elocuente retorico romano Victorino.

«Aquel doctísimo anciano y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales; que había leído tantas obras de filósofos y las había criticado é ilustrado; que había sido maestro de tantos nobles senadores; que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma, que es lo mas glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo; que hasta aquella edad había adorado y venerado los idolos y concurrido ha celebrar las fiestas y sacrificios sacrílegos...; que finalmente, por espacio de tantos años había defendido todas estas idolatrias con su famosa elocuencia; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de Jesucristo, y renacer como nuevo infante en la fuente del bautismo, doblando su cuello al yugo de la humildad evangélica y sujetándose á llevar en su frente la señal de

3 I Reg. II, 30-31.

la cruz, tenida antes por oprobio... Leía él, según me contó Simpliciano, la sagrada Escritura, y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la Religión cristiana, instruyéndose en ellas; y decía á Simpliciano, aunque no públicamente, sino en secreto y en confianza de amigo: *Sábeta, que yo ya soy cristiano*; á lo que Simpliciano respondía: *Yo no lo creeré, ni te contaré entre los cristianos hasta que te vea en la Iglesia de Cristo*. Pero él como burlándose decía; *¿Pues que son las paredes las que hacen cristianos á los hombres?* Y esto lo repetía muchas veces, diciendo que él ya era cristiano; y otras tantas le respondía Simpliciano lo mismo que antes; pero él volvía á burlarse, con decir que eso no lo hacen las paredes. Temía Victorino disgustar á sus amigos soberbios idólatras que adoraban al demonio, que por ser muy poderosos, y hallarse constituidos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo y eran como elevados cedros del Líbano, que aun no había el Señor derribado y deshecho; juzgaba que habían de caer sobre él con mas ímpetu y fuerza sus odios y enemistades.»

«Pero despues que con su estudio y lección continua adquirió mas fortaleza, temió que Cristo no le habia de reconocer por suyo *en presencia de los santos ángeles, si él temia confesarle ahora delante de los hombres*; y conociendo que se hacía reo de un delito muy grave, en avergonzarse de recibir los sacramentos que vuestro Verbo humillado había instituido, no habiéndose avergonzado de cooperar á los sacrilegos sacrificios y cultos inventados por la soberbia de los demonios... perdió la vergüenza que le era nociva, y le hacía perseverar en la vanidad mundana, trocándola en provechosa vergüenza de no seguir la verdad que conoció: *depudivit veritati, et erubuit vanitati*» (1).

1 S. Aug. Confess. lib. VIII, cap. 2.

Así aquel varón clarísimo mas por la confesion pública que hizo de su fe que por la retórica que enseñó en su cátedra, fué recibido en la Iglesia con grandes aclamaciones de júbilo de todos los cristianos de Roma y su memoria es aun celebrada en todo el mundo cuantas veces se recuerda la historia de su conversion. Pensaba, cuando todavía conocia poco á Dios y vacilaba en resolverse á abrazar la verdad, que su nombre se llenaria de confusion y de oprobio, y cuando con varonil entereza se declaró francamente discípulo de Cristo se halló rodeado de almas generosas que compensaron abundantemente con su sincero afecto el que le negaban sus anteriores amigos.

Este es el premio con que Dios recompensa en este mundo la lealtad de sus servidores y ¿quien habrá tan poco cuerdo que no prefiera las alabanzas de los buenos á las adulaciones y falsas enhorabuenas de los malos? ¿quien que conozca lo que son los hombres que viven segun el espíritu del siglo hará caso de sus murmuraciones y de sus censuras? Cualquiera que sea con ellos vuestra conducta no os será posible contentarlos en todo, y si hubiese alguno de animo tan envilecido que se arrastrase á los pies de ellos y traicionando su conciencia, les colmase de lisonjas y aplaudiese todo cuanto se les antoja hacer, á ese heririan por la espalda teniéndole por servil, haciéndole juguete de sus conversaciones escandalosas y objeto de burla en sus picantes chocarrerías.

Saludable es el ejemplo de lo que sucedió al rey de Jerusalem, Sedecias. Habiale intimado Dios su voluntad por medio de Jeremias su profeta y él se excusó de cumplirla por *respetos humanos*, por temor de que fuese ofendida su dignidad de rey en el campamento del ejército enemigo. *Témome, decía, de aquellos judios que han desertado á los caldeos, no sea que estos me entreguen en sus manos y me insulten.* (1) Y como perseverase en resistir á las in-

1 Jerem. XXXVIII, 19.

timaciones del que en nombre de Dios le hablaba, cumpliése en él lo que el profeta le había vaticinado: el rey de Babilonia asaltó la ciudad y le hizo prisionero, mató delante de su presencia á sus dos hijos y á él con los ojos arrancados lo entregó al ludibrio de la soldadesca.

El mundo no respeta nada, en todas partes hinca el diente de su malicia; á sus ojos no hay intencion que sea recta, ni reputacion que esté segura, *totus in maligno positus est* (1); erigirle en árbitro de nuestra vida, querer gobernarse por sus caprichos, es como arrojarse al mar alborotado de sus pasiones, donde nada permanece, todo cambia, teniéndose por correccion y delicadeza lo que ayer era groseria, todos los desatinos encuentran panegiristas y todas las virtudes detractores; Babel revuelta en que las lenguas se confunden, las opiniones se dividen y chocan los pareceres. Solo la justicia y la verdad proclamadas con entereza, defendidas con teson y mantenidas con perseverancia son capaces de imponerle silencio, infundirle respeto y doblegar su orgullo. Asi David perseguido por el rey Saul amansó la fiereza de su enemigo, y á fuerza de bondades y haciéndole presente su inicuo proceder le obligó á reconocerse culpable y á tributarle este bien merecido elogio: *Justior tu es quam ego*: tu eres mas justo que yo (2).

De Judit nos dicen los libros santos que viviendo retirada en su casa cual convenia á su viudez y ocupándose en obras de penitencia, «todos la tenian en grandísimo concepto, y no habia quien hablase la mas mínima palabra en contra suya» (3) y la razon que dan de esta buena fama de que gozaba y reverencia que todos la tenian es *porque era muy temerosa de Dios* (4); y que estuviese resuelta á defender los intereses de su pueblo, que eran los de Dios, aun á costa de su vida, lo demostró cumplida-

1 Joan. V, 19.

2 I Reg, XXIV, 18.

3 Judith VIII, 8.

4 ibid.

mento con el acto heroico que realizó entrándose en el campamento de Holofernes acompañada solo de su sirvienta.

Es verdad que San Pablo anuncia que «todos los que quieran vivir piadosamente segun Jesucristo han de ser perseguidos (1)», que el mundo no puede amar lo que no es suyo (2), pero tambien Dios quiere que muchas veces sean honrados en vida sus verdaderos servidores, para aliento de los débiles y confusion de los soberbios, sacándolos de la obscuridad y levantándolos de la postracion en que yacian á fin de que todos miren en ellos los prodigios que en las almas humildes puede obrar la divina misericordia, haciendo que corra por toda la tierra la fama de sus virtudes cual ráfaga fecunda de luz esplendorosa, llamándolos á los consejos de los grandes y coronando de honor y de gloria su memoria perdurable.

¿Que importa V. H. y A. H. lo que aquí en la tierra se padece, si se padece por Dios, comparado con la gloria que en el cielo nos espera (3)? ¿De que nos servirá ganar todo el mundo si perdemos el alma (4)? Decid á los mundanos lo que Tertuliano decia á los gentiles: *cum damnamur á vobis á Deo absolvimur*: cuando vosotros nos condenais, Dios nos absuelve (5). Buscad á Cristo en la oracion, en las obras de piedad, en la mortificacion de las pasiones, en el ejercicio de la caridad, allegando frutos de vida eterna en toda suerte de obras buenas (6); no os avergonceis de manifestaros hijos fieles de la Iglesia ni de declarar públicamente vuestra fè siempre que lo pida el honor de Dios y el bien de vuestros prójimos, llenad los templos en las funciones religiosas, frecuentad los sacra-

1. I Tim. III, 12

2. Joan. XV, 19.

3. Rom. VIII, 18.

4. Matth. XVI, 26.

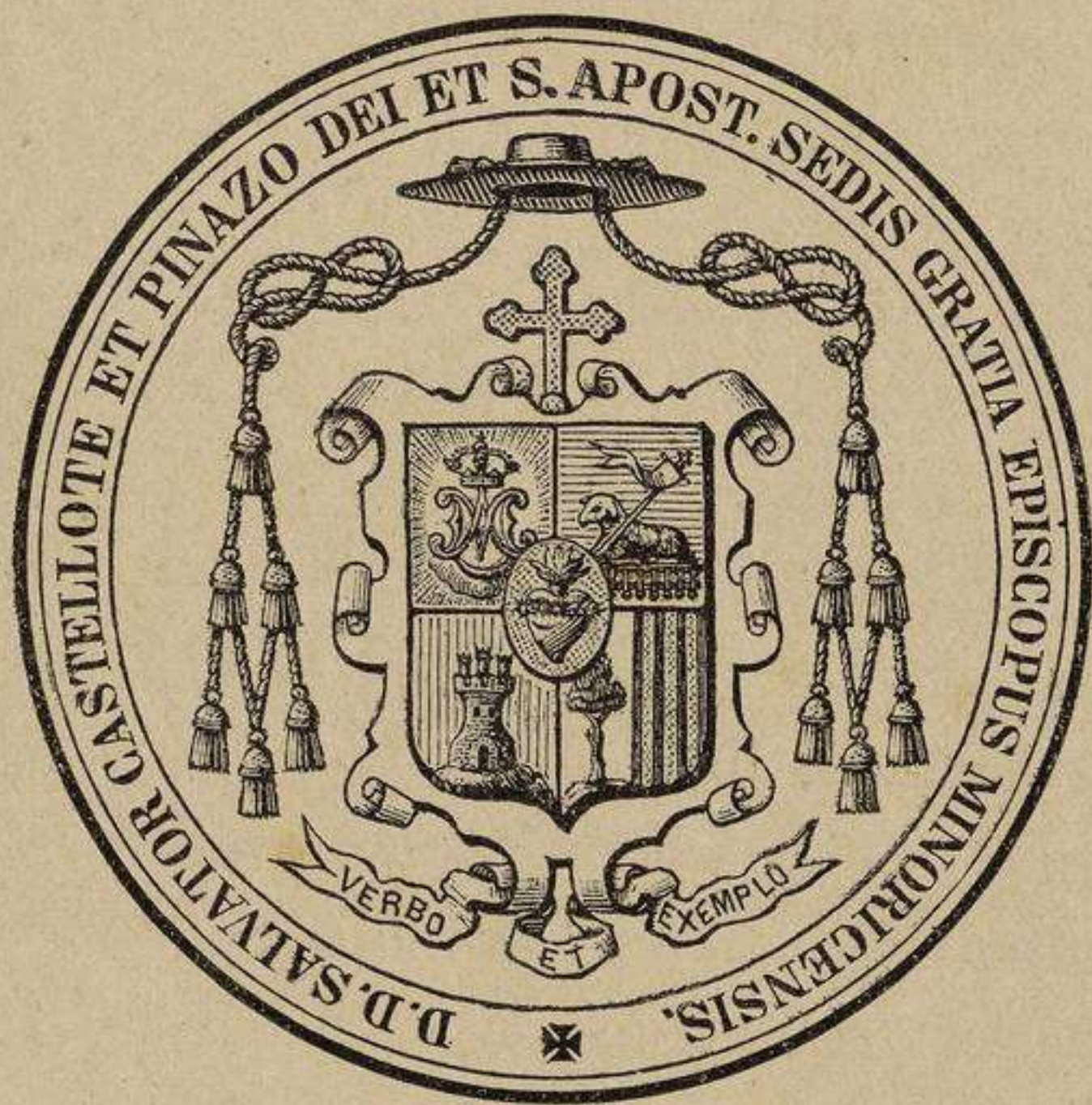
5. Apol. adver. gentes.

6. Colos. I, 10.

mentos, salud reverentemente á Cristo nuestro Redentor y nuestro Rey cuando paseis por delante de las Iglesias donde se halla reservado, tened por gran honor el acompañarle cuando es llevado en procesion ó sale de su tabernáculo para ser Viático de los enfermos; no consentais que en vuestra presencia sea ofendido el santo nombre de Dios, la Religion de vuestros mayores que es también la gloria de vuestro pueblo. Así merecereis que Jesucristo Señor nuestro os confiese y reconozca por hijos suyos delante de su Padre celestial y de los santos ángeles, concediendos el galardón eterno de los justos. Esto os desea de todo corazón vuestro Prelado, bendiciendos en prenda de la caridad con que os ama. En el nombre del ✠ Padre, del ✠ Hijo y del ✠ Espíritu Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Ciudadela de Menorca, el día de la festividad del apóstol San Matias del año 1898.

† SALVADOR, OBISPO DE MENORCA.



Por mandado de S. S. Ilma. el Obispo mi Señor,
DR. JOSÉ JOVER,
Pbro. Srio.

De esta Carta darán cuenta á sus feligreses, los Rdos. Sjes. Curas el día festivo más inmediato al de su recepcion y unirán un ejemplar de ella á la coleccion del Boletín Eclesiástico.

